

vada veinte piés, poco mas ó menos del suelo, y dirigirse al muelle.

Habiendo bajado primero el duque de Beaujolais, estaba ya en tierra firme, cuando, faltándole un pié al duque de Montpensier, cayó sobre las piedras que rodeaban el puerto, y se quebró una pierna.

Viéndole incapaz de huir, el duque de Beaujolais se entregó asimismo.

Mucho tiempo hacia que se les prometia la libertad, y tantas veces habian visto pasarse el dia en que se les debia abrir las puertas de su prision, que habian perdido ya las esperanzas. En fin, el 2 de Noviembre, vino á decirseles que para el dia 5 quedarian libres, y el 3 y 4 permanecieron en una grande ansiedad, temerosos de que se les engaÑase aun esta vez, renovándoles la misma promesa.

En fin, el 7 de Enero de 1797, los tres príncipes se vieron reunidos, libres y casi ricos, gracias á la carta del señor gobernador Morris; y resolvieron viajar por el interior del país.

Despues de haber asistido á la escena en que Washington, dichoso y altivo con volver á la vida privada, dejaba la presidencia en manos de Mr. Adams, su sucesor; el 2 de Abril partieron á caballo sin otro acompañamiento que el de Baudoin.

Una carta del duque de Montpensier, á su hermana Adelaida reasume mejor que lo que podriamos hacerlo nosotros, este hermoso viaje (1).

Cuatro años antes, Chateaubriand, este otro príncipe desterrado, habia hecho el mismo viaje. No sabemos á punto fijo lo que han valido ó valdrán á la Francia esas pinturas prometidas por el duque de Montpensier á su hermana, y esos pocos conocimientos que habia adquirido; pero

[1] Véanse las notas justificativas, número 8.

el viaje de Chateaubriand le ha valido el *Génio del Cristianismo* y los *Natchez*, sin contar esta relacion maravillosa que brilla con sus noches estrelladas, que murmura con sus brisas sonoras, que resplandece con sus lagos donde reflejan el cielo, las cascadas y el sol, en cada gota de agua; que salta como una chispa y que se desvanece como un vapor.

¡Oh génio, único soberano de derecho divino que existe en el mundo, no serás nunca reconocido sino por la posteridad!

Los príncipes volvieron á Filadelfia, la falta de dinero les obligaba á interrumpir su viaje; pero apenas habian llegado cuando se declaró la fiebre amarilla: en dos ó tres dias el terror fué universal, todos huyeron escepto el duque de Orleans y sus hermanos; la misma causa que habia interrumpido su viaje, los detenia ahora en Filadelfia.

Permanecieron allí, y la fiebre amarilla pasó sin causarles daño.

Sus escaseces duraron hasta fin de Setiembre que su madre les mandó de Europa una suma considerable. Este primer viaje á pesar de lo penoso que fué, exaltó la juvenil imaginacion de los tres príncipes, que resolvieron emprender otro nuevo.

Partieron, pues, para Nueva York, visitaron á Newport y á Providence, recorrieron los Massachusets, la Nueva Hampshire, el Maine, y subieron hasta Boston, donde tal vez en sus correrías, encontraron al jóven Cooper, á ese gran poeta, que soñaba ya esa maravillosa epopeya, cuyos principales personajes son los cazadores, los salvajes y los soldados.

En este tiempo, la noticia de la revolucion del 18 fructidor, llegó á los príncipes con todos sus pormenores.

En la noche del 17 al 18 fructidor, Angereau, llamado por Barras, entró en Paris con diez mil hombres y cuarenta piezas de artillería, y á las cuatro de la mañana, los parisienses despertaron al ruido del cañon.

Ya se sabe como se consumó esa revolucion y cuales fue-

ron sus resultados. Las dos asambleas que componian el cuerpo legislativo fueron cercadas, dos miembros del Directorio, ciento cincuenta y cuatro diputados y ciento cuarenta y ocho ciudadanos acusados con ellos de complicidad, fueron deportados; los sacerdotes refractarios y los emigrados, nuevamente espulsados: el destierro de los Borbones de la rama primogénita y de los Borbones de la segunda rama, perseguidos con mas rigor que nunca; en fin, el Directorio investido de todo el poder dictatorial, con el derecho de declarar á las ciudades en estado de sitio, y de juzgar á los sospechosos por comisiones militares. Era poco mas ó menos, un segundo terror contra los restos realistas escapados del primero.

La duquesa de Orleans, respetada por Marat y por Robespierre, refugiada en casa del duque de Penthièvre, durante los terribles años de 93 y 94, sin que se la inquietase, fué arrestada en esta vez, encerrada en la Fuerza, y en fin, arrojada de Francia el 26 de Setiembre de 1797, con una pension de cien mil francos, pagaderos sobre sus bienes confiscados.

La duquesa se retiró á España.

Los príncipes recibieron otras noticias aun mas estrañas que estas: un soldado cuyo nombre apenas les era conocido cuando salieron de Francia, se engrandecia con rapidéz; este nombre pronunciado en Tolon, habia resonado fuertemente el 13 vendimiario, y repetido por los ecos de Montemotte, Arcola y Lodi, comenzaba á llenar el mundo. Este nombre era el de Bonaparte.

Sin embargo, estas últimas noticias, tal vez admiraban, pero no inquietaban á los príncipes. Esta fortuna rápida mas bien atribuida al destino que al génio, no era todavía sino la fortuna de un soldado, y aunque previendo los futuros acontecimientos, el vencedor de Italia hubiese ya robado la letra que italianizaba su nombre, y suponiendo que una esquina del velo hubiese sido desgarrada por él,

Bonaparte solo habia penetrado en los futuros destinos de Napoleon.

Por esto, atraído á Europa por el doble deseo de volver á ver á su madre y de aproximarse á los acontecimientos, en los cuales un partido entero continuaba en mezclar su nombre, el duque de Orleans resolvió dejar la América y trasladarse á España.

Una sola cosa impedia este proyecto, y era la guerra declarada entre la península y la Inglaterra,

Los príncipes, despues de haber celebrado un consejo entre sí, resolvieron irse á la Luisiana, de la Luisiana se irian á la Habana, y de la Habana á un puerto cualquiera de Europa.

Obtuvieron el consentimiento del ministro de España en Filadelfia, y el dia 10 de Diciembre de 1797 partieron; era el mismo dia en que Bonaparte, de vuelta de Rastadt, era presentado al Directorio, y en que Paris celebraba la paz de Campo-Formio.

Los príncipes tenian sus caballos; pero como el viaje á caballo era muy penoso para los duques de Monpensier y de Beaujolais, débiles de salud, compraron un carro, uncieron á él los tres caballos, y viajaron del mismo modo que aquellos emigrados que iban en aquella época á buscar fortuna en el interior de los países y á discutir con los indígenas sobre los límites de un establecimiento.

El viaje fué largo, porque no podian hacer mas que ocho ó diez leguas francesas por dia; en Carlisle se volteó el carro, y faltó poco para que el duque de Orleans se hubiera matado; en Pittsburg, encontraron helado el Monongahela, por fortuna el Alleghani estaba transitable todavía; compraron una barca como habian comprado un carro, y el 3 de Enero de 1798, los tres príncipes se aventuraron en el Ohio. Cuando llegaron al fuerte Mausac, despues de haber tenido que combatir, poco mas ó menos, los mismos peligros que en una navegacion polar, se proveyeron de caza, y se aventu-

raron de nuevo en el Mississippi, y descendieron hasta Nueva Orleans, á donde llegaron el 17 de Febrero: allí se resolvieron á esperar á una corbeta española, pero no arribando la corbeta, partieron en un navio americano, que llegando al golfo de México se dejó capturar por una fragata inglesa.

Los príncipes creyeron al principio mas desastroso el acontecimiento, de lo que en realidad era; la fragata navegaba con el pabellon tricolor, y creyeron caer en manos del Directorio.

La orden de arriar, dada en ingles por el capitan, los tranquilizó; sin embargo, antes de subir á bordo el duque de Orleans gritó en inglés al subteniente:

—Caballero, yo soy el duque de Orleans y mis dos compañeros son mis hermanos el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais. Ibamos á la Habana, tened la bondad de anunciar al capitan nuestra presencia.

El capitan se presentó, era aquel que mas tarde fué el almirante Cochrane, y que hemos conocido en Paris en casa del duque de Orleans, que habia vuelto á Francia y habitaba el Palacio Real. Les anunció que serian muy bien venidos á su bordo, y les envió una cuerda para facilitar su ascension; pero la cuerda mal arrojada ó mal asegurada se escapó de las manos del duque de Orleans que cayó á la mar, pero nadando perfectamente, se salvó, sin recibir mas que un baño quo no tenia nada de peligroso en aquella temperatura casi tropical.

Lo que habian mirado los príncipes al principio como un fatal acontecimiento, era todo lo contrario, una buena fortuna. El capitan Cochrane puso su fragata á la disposicion del duque de Orleans, y habiendo sabido, como lo hemos dicho, que los príncipes iban para la Habana, él mismo quiso conducirlos.

Llegaron á su destino el 31 de Marzo.

Allí fueron detenidos por las órdenes formales de la cor-

te de Madrid, que prohibian absolutamente á los príncipes franceses entrar en España.

No se estinguia aun la antigua enemistad entre el regente y Felipe V.

Los príncipes habian sido bien recibidos en la Habana; pensaron un momento detenerse allí, y fundar un establecimiento; pero el conde de Frobert, gobernador general de la Isla de Cuba, el 21 de Mayo de 1799 recibió la orden de espulsar á los príncipes franceses de las colonias españolas del Nuevo Mundo.

Solo la Luisiana estaba esceptuada, y los príncipes tenian autorizacion para permanecer allí.

Era el mismo dia en que Bonaparte levantaba el sitio de San Juan de Acre, en que el rey de Suecia entraba en la coalición, y en que Souvarov se apoderaba de Alejandria.

El duque de Orleans rehusó esta estraña hospitalidad, y seguido de sus hermanos, montó en un buque parlamentario español que le condujo á las islas inglesas de Bahama y de Halifax, donde el duque de Kent, hijo del rey de Inglaterra y padre de la reina Victoria, los recibió como príncipes; pero no les concedió, sin embargo, paso para Inglaterra en ningun buque del Estado.

Forzoso les fué á los desterrados volver á los Estados-Unidos, los que menos escrupulosos, facilitaron su pasaje á Londres, á donde llegaron en Enero de 1800.